

A modo de epílogo

Sobre la definición del concepto de shinto

[fuente: Alfonso Falero, ed. *Aproximación al shintoísmo*, Salamanca: Amarú 2007]

Alfonso Falero

En una encuesta informal llevada a cabo por el profesor J. Breen, con ocasión de su visita a Japón el año 1995 para participar en el Segundo Simposio de la Asociación Internacional de Shinto, encuesta dirigida a la población juvenil del área de Shibuya (Tokyo), se les preguntó qué les sugería la palabra "shinto". Resultó que de 33 encuestados solamente 6 asociaban la palabra con *jinja*, 3 la asociaron al emperador, otros 3 la asociaban con la secta "Aum Shinrikyo."¹ Nada menos que 10 la relacionaron con "cristianismo", la señal de la cruz o las iglesias cristianas, y aún la mayor parte de los encuestados aseguró desconocer tal palabra. Sorprendentes resultados cuando los comparamos con el hecho incuestionable de la presencia del shinto en la vida y la cultura japonesas, que aparece a todas luces en la conocida afluencia masiva de la población a los *jinja* en año nuevo, o en el respeto todavía hoy mayoritario a la figura del emperador. De cómo se puede explicar esta paradoja voy a tratar a continuación. Pero antes de entrar en tema, quiero salir al paso de quienes piensen que la población juvenil de Shibuya no representa la conciencia media del ciudadano japonés. Refiero mi experiencia personal. Frecuentemente me he encontrado con la embarazosa pregunta de "¿qué estás investigando?", hecha por un japonés. Digo embarazosa porque siempre tenía que repetirlo dos o tres veces, y no en pocas ocasiones tuve que conformarme con que mi interlocutor me corrigiera amablemente la pronunciación, aclarándome que se debe leer "shindō" y no "shintō" como yo me empeño. Para qué discutir más. Los que no me corregían solían adoptar una expresión que me dejaba en la más absoluta incertidumbre de si habrán entendido lo que investigaba. El hecho es que en la actualidad el japonés de mediana edad, y no sólo los jóvenes de Shibuya, no está en absoluto familiarizado con la palabra "shinto", y generalmente recurre de forma implícita a su familiarización con palabras del tipo de las artes marciales (*budō*), como *jūdō* o *aikidō*, o de la filosofía del camino (*dō*), que aparece en palabras conocidas como *shodō* (el arte de 1a caligrafía), o *sadō* (la ceremonia del té). En definitiva, para muchos japoneses el "shinto" (o *shindō* si se prefiere) viene a ser algo tradicional o en todo caso algo relacionado con la religión en general. Da la impresión de que el shinto fuera algo del pasado, o algo para especialistas, de forma que mi interlocutor siempre acabara con la frase tópica en Japón de "enséñame por favor".

El shinto aparece como una realidad que no es fácil de explicar, es omnipresente en la vida y costumbres de esta nación que sin embargo parece ignorarlo. ¿Dónde detectar entonces esta presencia fugitiva, y más aún cómo explicarla? Así que en estas páginas conclusivas hemos de volver a preguntarnos qué es el shinto.

¹ Secta de la Verdad Suprema, secta de esoterismo budista, responsable de un atentado indiscriminado en el metro de Tokio (marzo 1995), y desarticulada a consecuencia de ello.

No es en absoluto fácil explicar qué es el shinto, más allá de identificarlo simplemente como la religión autóctona de Japón. Es más fácil explicar lo que no es. Alguien argüirá que para qué complicar tanto las cosas y por qué no dejarlo simplemente en que es una religión, y a continuación explicar sus características. Pero decir que el shinto es una religión y no más, en realidad no facilita mucho las cosas. No las facilita porque difícilmente encaja en ninguna definición elaborada de religión. Al shinto le faltan aspectos importantes de otras religiones como por ejemplo un credo, un código moral explícito, y hasta en época muy tardía incluso una teología, por no hablar de la ausencia de líder carismático o de libros sagrados, así como de la carencia histórica de una institución eclesial organizada independiente del estado. Incluso en el presente el shinto no cuenta con un líder oficial, el Jinja Honchō (Federación Nacional de *jinja*, con sede en Tokio) sólo ejerce una función administrativa y no tiene función doctrinal, y quizá como consecuencia de ello la población de sacerdotes cuenta con una formación doctrinal casi nula, no requiriendo el sacerdocio ninguna formación teológica especial. Todavía se discute si el shinto puede o no tener una teología, arguyendo algunos que el shinto nunca ha necesitado de ella. Como consecuencia de todo lo anterior, resulta muy difícil objetivar el shinto ni como objeto de estudio, ni en una mesa de diálogo. Como objeto de estudio se escabulle de nuestras manos a la hora de decir esto es shinto y esto no es. Y en la mesa de diálogo resulta que nadie expresa la opinión autorizada, sino su opinión particular, mejor o peor fundamentada. Es curioso que, por el contrario de lo que ocurre con las iglesias cristianas, en el mundo del shinto la ortodoxia la represente el mundo académico, encontrándose todo tipo de "desviaciones" doctrinales entre el sacerdocio. Mientras que en nuestro mundo cristiano la jerarquía sacerdotal suele representar la ortodoxia, frente a muchas de las nuevas teologías que se aventuran en el escabroso mar de 1a disensión. ¿Dónde podemos encontrar una fundamentación que nos dé un criterio a la hora de hablar de shinto? Esta pregunta no tiene una respuesta consensuada. Sin embargo, hay quizá dos elementos que nos pueden servir de apoyo. En general, en el shinto se reconoce una tradición. Se interprete como se interprete, el shinto consta de un verdadero caudal de festivales y ritos que repiten cada año o cada número de años una herencia del pasado. En ellos la comunidad encuentra el pulso ancestral de una sociedad agrícola, donde el individuo es parte de una casa que venera sus antepasados y colabora en las tareas del pueblo, o si vive en una ciudad industrial aún le queda revivir en el festival la nostalgia de ese pulso que imprimieron sus abuelos y se mantiene en su memoria. Ahora bien muchas de estas tradiciones se remontan mucho más allá de la memoria. El shinto conecta en su origen con un pasado ancestral y remoto, más allá de la historia, en la penumbra de un mundo donde conviven dioses con hombres, y éstos se confunden con el resto de su entorno en un hábitat numinoso donde todo lo vivo ejerce fascinación y temor. Este mundo está codificado en la mitología. El shinto tiene por lo tanto, además de una larga tradición ritual, una profusa mitología. Es en esta mitología y no en ningún otro lugar donde Ueda Kenji (1927-2003), máximo exponente de la teología shinto contemporánea, descubre lo que él llama una "orientación de valores" que es en otras palabras lo que constituye el código noético del shinto. En resumen, no podemos negar ciertamente el aspecto religioso del

shinto. El shinto tiene dioses y ritos. Como religión es lo único que tiene. Diríamos que no le falta lo esencial para ser una religión genuina, pero sí tenemos que decir que prescinde absolutamente de todo menos lo imprescindible. Por tanto es religión, pero no como el cristianismo, el budismo o el confucianismo. Su esencia religiosa sólo coincide con el cristianismo en la capa más profunda y básica de nuestro sentir religioso, donde percibimos la presencia y la ausencia del misterio divino sin poder expresarlo suficientemente. Sólo coincide con el budismo en la percepción de la fugacidad del presente, y por ello mismo coincide con el zen en la inefabilidad y la supremacía absoluta del momento vivido. Finalmente sólo coincide con el confucianismo en la veneración a los antepasados, y poco o nada más. Es una religión, pero peculiar. Como religión es tan elemental que la mayoría de los japoneses no tienen conciencia de que lo sea. Para ellos una religión es algo que un gran maestro enseña. Por ello es posible adscribirse al poder carismático de tal o cual personalidad histórica o del presente. Otra cosa completamente distinta es la fidelidad a la propia línea familiar, que decide en la mayoría de los casos la pertenencia a un *jinja* o a un *tera*. Difícilmente se verá esto como una opción genuinamente religiosa, sino más bien como una tradición familiar, y por tanto es posible el fenómeno asombroso de la participación simultánea en ritos de tipo shinto en año nuevo y budistas en la muerte, junto con una vaga idea monoteísta fruto de la educación en la escuela, y la pertenencia personal a una de las nuevas religiones que prometen el éxito y la felicidad en el presente. Esta es la clave para entender el sincretismo religioso japonés. En la conciencia del japonés no se trata en absoluto de la combinación feliz de elementos religiosos heterogéneos cuanto de la aplicación a departamentos separados de su vida personal y pública de aquellos elementos que mejor se adecuan a cada una de las necesidades. Por ello en definitiva algunos autores como Komuro Naoki (1932-) argumentan que los japoneses son a-religiosos. En mi opinión personal considero que el hablar del shinto como una de las religiones de Japón, al mismo nivel que budismo o cristianismo puede conllevar más errores que aciertos, y por ello en determinados contextos prefiero suspender mi juicio.

Pero por otro lado, defender la postura de que el shinto no es una religión fue precisamente el argumento que esgrimió el gobierno de Meiji para justificar la financiación y el control estatal del mundo de los *jinja*. Este tipo de situación es lo que se ha dado en llamar "kokka shinto" (shinto estatal). Este término ha dado lugar a un gran malentendido aún hoy común incluso en la crítica más especializada. Se trata de concebir al shinto como una ideología que por sí misma potencia un estado nacionalista y en segundo término imperialista. Datos ciertamente no faltan. Desde la declaración del emperador como figura suprema del Estado y a la vez de la religión en la Constitución de Meiji (1889) hasta la visita oficial que aún en nuestros días sigue haciendo el primer ministro cada año al Yasukuni Jinja (Tokio), el shinto tiene una sospechosa cara estatal y nacionalista. A pesar de todo, igual que hoy nadie acusa a Nietzsche de fascista, y la relación de Heidegger con el nazismo no se sostiene por su filosofía sino por su polémica asistencia a reuniones de las Juventudes Nazis, aún cuando la filosofía del superhombre del primero le vino como anillo al dedo al nacionalsocialismo alemán, tanto como la nostalgia del espíritu alemán del segundo, un

fenómeno parecido ocurre con el shinto. Si los críticos del estilo de J. Heisig tomaran una actitud de profunda sospecha frente a la filosofía alemana como toman respecto al "shinto estatal", se dejaría de enseñar en las escuelas y universidades todo el período que va desde Hegel hasta Heidegger por el peligro de que inspiren al neonazismo alemán. Nada más absurdo. Y no hablemos de las conexiones igualmente sospechosas de la iglesia católica con la fundación del estado español, desde Covadonga hasta la alianza del franquismo con la iglesia española, razón de que aún hoy en día para muchos españoles hablar de catolicismo les hace temer el regreso al estado autoritario y la intransigencia religiosa. Hacer juicio de la historia es una tarea muy arriesgada pero inevitable. Yo quisiera aquí simplemente romper una lanza en favor de la prudencia y el discernimiento histórico. Por tanto, en vez de hablar de "shinto estatal", propongo hablar de "estado shinto", que fue el estado Meiji por eminencia, y como un concepto diferente el militarismo imperialista amparado en una ideologización del shinto. Y esto nos plantea el siguiente problema. ¿No es a fin de cuentas el shinto el nombre que recibe la ideología del nacionalismo japonés?

Esta es una opinión generalizada entre la crítica occidental, tal como lo expuso M. Teeuwen en su ponencia en el Segundo Simposio de la Asociación Internacional de Shinto de 1996. Según muchos críticos la palabra "shinto" no tiene valor para referirse al conjunto de prácticas religiosas anteriores al movimiento clasicista del "kokugaku" de Edo. La razón que arguyen es que la historia de Japón está dominada por el sincretismo religioso, siendo imposible distinguir una tradición específica que pudiéramos llamar "shinto". Así, la palabra "shinto" sería "inventada" por los ideólogos del nacionalismo japonés de entonces, para justificar la idea de *kokutai* o nación, invocando al *Yamato-damashii* o espíritu nacional, y llamando al conjunto con el nombre de "shinto". En consecuencia, arguyen los críticos, la palabra "shinto", al igual que *kokutai* o *Yamato-damashii*, no tiene un contenido real, sino que no son más que conceptos ideológicos del aparato intelectual al servicio del nacionalismo pre-Meiji, y no son válidos en el discurso crítico de nuestros días. Bien, ¿qué decir a esto? No voy a alargarme en una contra-réplica punto por punto a los argumentos que he citado. Simplemente constatar el problema que plantea el mismo término "shinto". Sin embargo, la palabra "shinto" no se la inventó el nacionalismo kokugaku, existía ya desde la antigüedad. Pero tampoco es japonés, sino evidentemente un préstamo del chino. Ciertamente aparece una o dos veces en los textos clásicos, para inmediatamente ser utilizada por el budismo de la segunda mitad de Heian (s. VIII-XII) con el fin de definir su interpretación de la identidad de los *kami* (en expresiones como Ryobu shinto, Sanno shinto, etc.). En conclusión, personalmente me adhiero a la postura más prudente de críticos japoneses como Yamaori Tetsuo o Tamaru Noriyoshi, que sin ser sintoístas tratan al shinto con toda naturalidad como una importante tradición religiosa en este país.

El shinto no es, pues, una religión institucional. Tampoco es un producto ideológico ni del Estado Meiji, ni del nacionalismo pre-Meiji. El término aparece por primera vez en el s. VIII de nuestra era, como un probable préstamo del taoísmo. Con relación a estas dos claves surgen dos

problemas nuevos. Muchos japoneses piensan que el shinto no es más que una religión precivilizada, una forma de chamanismo primitivo y nada más. Otros piensan que el shinto no tiene nada original, sino que no es más que una amalgama de préstamos heterogéneos de otras religiones, como el taoísmo, el confucianismo, la filosofía del yin-yang o las prácticas de adivinación y astrología también introducidas del continente, por no citar el sincretismo con el budismo. Acabaré mi exposición de lo que el shinto no es, despejando estas dos interrogantes. En primer lugar, hay que conceder que en numerosos *jinja* a lo largo de la geografía japonesa, aún se dan prácticas de tipo chamanista, y la adivinación está estrechamente asociada en la conciencia popular a los *uranai* o adivinación de la suerte, aneja a los *jinja*. El shinto está estrechamente ligado a la superstición, tan extendida en Japón. Sin embargo, si sacamos la conclusión de que el shinto no es más que restos de una religión arcaica, nos encontramos con el hecho paradójico de que se trata de la única religión supuestamente "arcaica", que conocemos, que haya sobrevivido el paso de unos veinte siglos, sin aparente evolución visible, en un país que ha pasado de la pre-historia al superdesarrollo en un tiempo récord. ¿Por qué el shinto no ha desaparecido? Máxime ante el ímpetu de religiones muy evolucionadas como el budismo y después el cristianismo, no se entiende cómo no se ha colapsado, o se ha visto replegado a la superstición popular de áreas campesinas, como ha ocurrido con el chamanismo continental. La razón puede ser que el shinto no sea exactamente una religión "primitiva", sino más bien "primordial". Ni evoluciona ni desaparece porque nunca se ha identificado del todo con los diversos ropajes "culturales" que ha ido asumiendo a lo largo de su historia. En general no ha dispuesto de un vehículo de apostolado como el existente en las grandes religiones. Momentos de excepción han sido el florecimiento del *kokugaku*, la campaña educativa nacional en Meiji-Showa, y la globalización actual.

Finalmente hay que aclarar la cuestión sobre la falta de originalidad del shinto. También en este caso hemos de conceder que el shinto tiene pocos elementos puros. Tanto en su mitología como en sus festivales, hay pocos elementos que no se puedan rastrear hasta descubrir su origen continental. En concreto su deuda con el taoísmo y con la filosofía del yin-yang es prominente. Desde el mismo nombre, como hemos visto, hasta la aparición en los festivales locales de Kyushu de numerosos utensilios y rituales que son comunes a las Islas de la Polinesia, pasando por la incorporación de numerosos dioses extranjeros en su panteón, el estilo continental de la arquitectura de los *jinja*, etc.. Sin embargo esto no es un hecho que deba de sorprendernos. El budismo japonés no saldría mejor parado a una consideración exhaustiva de sus elementos constitutivos. El budismo mahayana que llega a Japón es ya de por sí un budismo que ha incorporado el panteón hindú, que después ha sido transformado en China por la incorporación de elementos taoístas y confucianos, y que más aún en Japón incorpora el culto a los antepasados, la tendencia politeísta nativa, y hasta el matrimonio de sus sacerdotes o la feminización de sus dioses, como es el caso de la deidad Kannon. Si analizamos el caso del cristianismo reducido a sus elementos quizá no quede mejor parado. Pero abstengámonos de ello. Baste por ahora con recordar

la tremenda deuda de los textos bíblicos respecto a las religiones pre-bíblicas de Mesopotamia (Acadia, Sumeria, Babilonia). En conclusión lo original del shinto no son sus elementos, sino el conjunto, tal como ocurre con el budismo y el cristianismo. Es decir, en la combinación de elementos heterogéneos el resultado tiene un carácter cualitativamente distinto a una mera yuxtaposición de esos elementos.

Hasta aquí he intentado despejar algunas orientaciones a mi juicio erróneas a la hora de plantearnos la pregunta sobre el shinto. Ni que decir tiene que se quedan otras en el tintero. Muchos japoneses piensan que el shinto no es otra cosa que el sistema imperial. En el budismo japonés también es común la contraposición de una religión oscura, como el shinto, a una religión iluminada, como el budismo, imagen de la que no se libran del todo ni intelectuales tan preclaros e imparciales como Yamaori Tetsuo. Finalmente he de resaltar que tal como manifiesta la encuesta del profesor J. Breen que cité al principio, para muchos japoneses, shinto, budismo y cristianismo son más o menos lo mismo, no pudiendo distinguir tampoco claramente entre *kami*, *hotoke* y el dios cristiano. Después de todo lo dicho no será necesario insistir en que la razón por la que la mayoría de encuestados por el profesor Breen declararon no conocer la palabra, es que no es un término del lenguaje común, sino un vocablo especializado. En definitiva, si el shinto no es una religión escrita, con un canon, ni tampoco es una religión primitiva, anclada en el pasado, ni un simple *collage* de ideas y prácticas chinas y coreanas, ni una secta, ni una ficción ideológica del nacionalismo japonés, ni el sistema imperial, etc., entonces ¿qué es? ... Bien, yo diría que el shinto es un lenguaje, un determinado tipo de lenguaje. Es un lenguaje ancestral y un lenguaje sagrado. Es un lenguaje cuya memoria se esconde en las profundidades de una era de la que aún queda mucho por descubrir, la era Yayoi (300 a. e.-300 n. e.), a la que se remontan los vestigios más antiguos que conocemos. Y es un lenguaje sagrado, como digo, porque no se usa para tener una conversación, sino para dos finalidades. Una es comunicarse con los *kami*. Otra es la pretensión de fundar y encauzar el destino histórico de una nación. Originalmente se trata de un lenguaje disperso, que durante siglos ni siquiera se textualiza. No es un lenguaje para leer, ni para enseñar, por eso es un tanto oscuro, hermético. Pero es idóneo para su finalidad específica: la comunicación con los *kami*. Es sagrado, tiene una fuerza interna misteriosa que hace que se cumpla su palabra, si atendemos al término que expresa esta idea, *kotodama*, "palabra creadora". No se "dice" al *kami*, se recita, se canta. Con ritmo y estilo. Es poesía, es oración. También anuncio celebratorio del principio y del fin de cada era. Y es imprescindible para garantizar las cosechas de cada año, para eliminar los malos espíritus y las impurezas que nos amenazan con el deterioro de nuestras energías vitales, con la enfermedad y con la muerte. En él se pide, se otorga y se agradece. Se venera y se ordena. Se ofrece y se canta. Y en segundo término, es un lenguaje que ordena la vida en comunidad, y con el tiempo servirá de expresión a la fundación de Yamato, que se verá a sí mismo como el heredero de ese lenguaje, su portavoz privilegiado, y entenderá la política como *matsuri-goto*, aplicación última de una tarea sagrada, que comienza por escuchar la voluntad de los *kami*, sus protectores y el origen y razón de

su misma existencia, y se cumple realizando su voluntad. En el siglo VIII la complejidad creciente de la vida política y social, el impacto y la presión de la cultura continental exigen una organización centralizada, y la memoria exige una plasmación. Así aparecen los primeros textos. Para tratar con los *kami*, el "Norito", conjunto de textos rituales para diversas ocasiones, y con diverso contenido. La política se escribe en forma de "Senmyo", edictos imperiales. Y finalmente todo se explica según un orden cosmogónico y mitológico, que conecta los textos rituales del *Norito* con los *Senmyō* imperiales, de forma que aparece una visión completa, un drama donde el origen del tiempo conecta con el presente, y el legendario Yamato conecta con el Japón de Nara (me refiero a los textos del *Kojiki* y *Nihon shoki*). El que este lenguaje se haya intentado manipular por quienes históricamente han ostentado el poder, y se haya hecho de él un instrumento en manos de la más crasa ambición e incluso de la locura desenfadada del militarismo de esta nación no debe sorprender a quienes somos testigos de tantos ultrajes históricos y presentes en el nombre de la religión cristiana u otras religiones del orbe occidental. Pero el lenguaje sigue ahí, hablándole a unos ciudadanos inmersos en una profunda crisis de identidad cultural. Ahora bien, toda forma de restauracionismo cultural ha demostrado ser fútil en los albores del s. XXI. En la era de la transculturalidad estamos más bien en condiciones de preguntarnos por el significado de este lenguaje para la etnia global de la que todos formamos parte.

GLOSARIO (general de estudio del shinto)

Bugyo: Supervisor del territorio y de los santuarios, establecido en tiempos de Minamoto Yoritomo (1185).

Chugi: Lealtad y fidelidad.

Daijosai: Gran Ofrenda de alimentos. Ritual conectado con la entronización del Emperador.

Dengaku: Baile de labradores.

Engishiki: Colección de ritos y festivales del año 927.

Gohei: Banda de papel.

Guji: Sacerdote sintoísta.

Harai: Purificación. A veces precedido con el honorífico "o": *Oharai*.

Hito: Hombre.

Higae ningyo: Muñeco con muchos vestidos, referido a la flexibilidad y poder de adaptación del shinto.

Jinja: Santuario sintoísta.

Kagura: “Juego de dioses”, danza ritual.

Kami: Palabra sintoísta para indicar la divinidad. Los *kami* son innumerables. Un hombre, una cascada, un árbol, una roca pueden ser *kami*. Consumar armoniosamente la forma, asumir el destino dando testimonio de virtudes eminentes son, entre otras, condiciones para adquirir la cualidad de *kami*. Todo *kami* es digno de veneración.

Amatsu-kami: dioses celestes.

Kunitsu-kami: dioses terrestres.

Musubi no kami: dios de las relaciones.

Yama no kami: dios de los montes.

Ta no kami: dios de los campos de arroz.

Kamidana: Altar sintoísta.

Kannushi: Sacerdote sintoísta.

Ke: Poder místico que hace crecer las plantas.

Kega: Herida, deshonor, impureza.

Kinen-sai: Festival de plegaria para una buena cosecha.

Kogakukan: Centro de formación de los sacerdotes sintoístas en Ise y universidad para estudios de Ise y de la familia imperial

Kojiki: Compendio mito-histórico japonés del año 712.

Kokutai: Principios fundamentales de la política nacional japonesa. Expresa la conciencia de la unidad y la naturaleza sagrada de Japón. Equivale al concepto de “nación”.

Makoto: Honestidad, sinceridad.

Matsuri: Festival sintoísta.

Matsuri-goto: “Fiesta-política” en la antigüedad. *Matsuru:* “esperar la palabra del *kami*. Concepto que expresa la unidad entre política y religión.

Mikado: Emperador.

Mikoshi: Palanquín. "Paso" procesional en que se desplaza el objeto-símbolo de un *kami*.

Mitama: Espíritu, alma de un *kami*.

Mono no aware: Compasión, tristeza, nostalgia ante la naturaleza.

Nakatomi: Clan sacerdotal shintoísta.

Naka-ima: "En medio del presente". Actitud ante la vida equivalente al "eterno presente" de la mística universal..

Naorai: Fiesta o ágape en que culmina un festival shintoísta.

Nihonshoki: Crónicas y anales japoneses del año 720.

Niiname-sai: Festival de la cosecha, de gran importancia en los santuarios shintoístas.

Ningen: Ser humano.

Norito: Libro de ritos y oraciones shintoístas.

Oharai: Ritual de la Gran Purificación.

Otobisho: Lugar de reposo del *mikoshi*.

Reisai: Festival anual, o semestral de primavera y otoño.

Renga: Poesía de estilo japonés producida por encadenamiento de estrofas y compuesta normalmente por más de un poeta.

Ritsuryo: Recopilación de leyes. Síntesis religioso-cultural-social y política del Japón legal de la era Nara, inspirado en el modelo de la China Tang.

Saiseiitchi: Unidad de gobierno y religión.

Sakaki: Árbol sagrado en cuyas ramas se atan tiras simbólicas de papel.

Sake: vino de arroz.

Samurai: Guerrero japonés que tenía el derecho de llevar dos sables. Sirviente de los aristócratas y del clero durante el periodo medieval. Primera clase social de Japón en la era Edo. Las demás clases son por este orden: campesinos, artesanos y comerciantes.

Sarugaku: Teatro de imitación perteneciente al género *no*.

Senkyoshi: Misionero, propagandista.

Senmyo: Edictos Imperiales.

Shinjinkyodo: Cooperación de *kami* y hombres, que trabajan en comunión para conseguir una buena cosecha.

Shinto: Palabra que expresa la religión original de Japón y que significa "el camino de los dioses". La palabra *shinto* no fue definida hasta el año 560, para distinguir las viejas prácticas religiosas japonesas -hasta entonces expresadas solamente como el "camino"- de la influencia cada vez mayor del budismo japonés. Religión asociada a la percepción del ritmo de la vida y de la naturaleza y cercana en esto al taoísmo chino.

Ichijutsu shinto: Escuela que predica que todos los budas-*kami* constituyen una única realidad. Perteneciente a la secta budista Tendai.

Ryobu shinto: Escuela de los “Dos *mandala*”. Predica el carácter bipolar de la existencia. Pertenece a la secta budista Shingon.

Kyoha shinto: “Shinto de las sectas”, creado oficialmente por el gobierno Meiji.

Jinja shinto: “Shinto de los santuarios”, creado oficialmente por el gobierno Meiji.

Shinsen: Ofrenda a los *kami*.

Shizen: “Naturaleza”. Concepto moderno importado de la metafísica europea.

Shogun: Nombre dado al gobernador militar del Japón antes de la Era Meiji. El shogun siempre era investido por el emperador, siendo su cargo a menudo hereditario. Los shogunes poseen durante siglos el poder efectivo. En sentido original: General defensor de la nación "contra los bárbaros".

Tamashii: Espíritu, alma.

Tate-matsuru: celebrar el culto. En un contexto shinto-confuciano Implica la obediencia absoluta del inferior al superior.

Tengoku: Cielo.

Tenno: Emperador.

Ujiko: Miembro de una familia o grupo de parentesco.

Uji no kami: Jefe del clan familiar.

Waka: Poesía de estilo japonés. La métrica más conocida es el *tanka*, de 5-7-5-7-7 sílabas.

Yamato-damashii: El “alma” del japonés, que lo conecta con los orígenes de la etnia o nación.

2006 Alfonso Falero